



"Auto". Autor y director: Ernesto Caballero. (1993).

# Sobre la autoría teatral

Por José Ramón Fernández

**D**urante este último año hemos podido asistir a la resurrección de un tema cuya muerte era asumida por muchas personas cercanas al hecho teatral: todo eso de los directores como enemigos de los dramaturgos, ya saben ustedes. Es un tema que viene y va, a veces se diría que depende de las temperaturas o el grado de humedad del aire, no se sabe; creo que a menudo lo revive la falta de distancia a la hora de mirar las cosas —mi tutor me enseñó a sacar consecuencias sólo después de compilar los datos— cuando no la ignorancia; no imagino que pueda inspirarlo la mala fe, no entiendo de qué serviría.

Un número redondo me ha devuelto a esa reflexión: esta primavera el ciclo «Teatro Español Contemporáneo» ha llevado seis obras de autores vivos a la Sala Olimpia de Madrid; con estas son ya setenta las obras de autores españoles vivos exhibidas en este teatro desde la creación del C.N.N.T.E. No voy a insistir en que ese solo dato pone en su sitio ese argumento imbécil de que no hay autores en España. Prefiero referirme a algo que ofrecerá al lector una idea bastante concreta de hasta qué punto se encuentran imbricadas las labores de dramaturgo y director de escena en la creación de la obra de teatro.

He mencionado una cifra, setenta obras; no pudo sustraerme a mencionar los nombres de esos autores: Carlos Marquerie (dos obras), Jaime Melendres, Camilo José Cela, Antonia Bueno y Agustín Iglesias (dos obras), Ernesto Caballero (cinco obras), Luis Riaza,

Leopoldo Alas (dos obras), Alvaro del Amo (dos obras), Angel García Pintado, Nancho Novo, Francisco Taxes, Vicente Molina Foix, Pedro Casablanc, Francisco Nieva (tres obras), Joan Casas (dos obras), Jesús Alviz, Antón Reixa, Marisa Ares, Sergi Belbel (cinco obras), Lluís Sola, Miguel Murillo, Javier Maqua, Alfonso Vallejo, Alfonso Armada, Luis Olmos, Alfonso Plou (dos obras), Miguel Gorritz, Julián Egea, Esteve Graset (tres obras), Roberto Lerici, Rafael González y Francisco Sanguino (dos obras), Javier Tomeo, Antonio Fernández Lera, Etelvino Vázquez, Ignacio Amestoy (dos obras), Rodolf Sirera, Agustín Gómez Arcos, José Manuel Olivero, Ignacio García May, Rafael Magano, Carlos Marco, Joan Baixas, José Sanchís Sinisterra, Ignacio del Moral (dos obras), Juan Antonio Hormigón (dos obras) y Fernando Doménech, Lluís Cunillé, Roberto Vidal Bolaño, Antonio Alamo, Rodrigo García, Manuel Romero, Miguel Romero Esteo y Juan Dolores Caballero.

Cuento hasta una treintena de obras cuyos autores además dirigen, bien sus obras, bien las de otros. La proporción es elocuente, supongo; al menos, lo suficiente como para repensar con serenidad esa idea de las «directaduras» de las que —no entiendo bien por qué— viene hablando últimamente Francisco Nieva. No es, pues, imprescindible pensar en Shakespeare o en Molière al hablar de autores que dirigen sus obras. Algunos de los nombres que he mencionado pueden resultar extraños en una lista de autores teatrales; pienso en Baixas, Graset, Marquerie: tienen en la frente el mar-





"Pasodoble",  
de Miguel Ro-  
mero Esteo. Di-  
rección:  
Alfonso Zurro.  
CAT, 1993. (Fo-  
to: Luis Casti-  
lla).

bete de «director de escena», y sus espectáculos pasan por venir de la nada al escenario. Si esta es la común de las opiniones, no es culpa suya, sino de esa apreciación que la Filología suele hacer de la literatura teatral como una cosa bastarda, una literatura manchada de no se sabe qué.

Sueño con un futuro en el que se escribirán Historias de la Escena, libros que hablarán de este arte desde el concepto inevitable

de interdisciplinariedad, textos que hablarán de palabras imágenes y sonidos.

Quiero decir sencillamente, una cosa: el escritor de teatro es tan a menudo director de escena, el director de escena es tan a menudo escritor de teatro, que no puede existir entre ambas actividades otra cosa que el entendimiento. Estamos hablando, me parece, de una pasión con dos manos y dos ojos.

# El Centro Dramático Galego: Dos años de andadura

Por Chema Paz Gago

**E**l Centro Dramático Galego ha alcanzado su velocidad de crucero. Después de un par de años a la deriva, el buque insignia del Teatro en Galicia ha iniciado un rumbo seguro y decidido, capitaneado con entusiasmo, rigor y dedicación por Manuel Guede, su director desde agosto de 1991.

Lo conseguido en estos dos años y medio justifica sobradamente el párrafo anterior: se han llevado a cabo cinco producciones propias, alcanzándose con *Un sueño de verán* (1992) el mayor éxito de público en la historia teatral de la Comunidad Autónoma Gallega; se ha iniciado, con *Saxo Tenor*, la fórmula de las coproducciones y se acaba de poner en marcha un ambicioso programa de Concertaciones bianuales con Compañías profesionales; se ha puesto en marcha además la publicación de varias colecciones con los textos y cuadernos de dirección de los diversos montajes, guías pedagógicas para los estudiantes de bachillerato, y coediciones de ensayos sobre diferentes temas teatrales.

Después de algunos espectáculos poco afortunados, y un *Incerto Señor don Hamlet* de Cunqueiro, discutible pero bien esbozado

por Ricard Salvat, en mayo de 1992 comenzaba con buen pie esta nueva etapa del teatro gallego con la versión que de *A Midsummer Night's Dream* realizaron el propio Guede y Eduardo Alonso. Este último dirigió una puesta en escena que funcionó muy satisfactoriamente construyendo una brillante y divertida comedia que se convirtió en un éxito de público y crítica sin precedentes en Galicia.

Este primer paso sería decisivo para lograr el objetivo esencial del nuevo equipo responsable del Teatro Público en Galicia: reconciliar al público gallego con su teatro, con su teatro en general y especialmente con su Teatro institucional que fue dirigido en diez años por seis personas diferentes.

Cuatro meses más tarde se estrenaba en el Pazo de Trasalba (Ourense) *A Lagarada*, de Ramón Otero Pedrayo. De nuevo, el equipo del CDG (Manuel Guede y Francisco Oti, esencialmente) demostraba su opción valiente por la imaginación y la innovación al recuperar para la escena una curiosa reliquia, fundamental en la exigua historia del teatro gallego, mediante una solución muy brookiana: convertir en espacio escénico un espacio arquitectónico y